

Mary Louise Pratt. *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997) 385 páginas con ilustraciones

En este libro Pratt desnuda el imperialismo ideológico europeo, construido sobre y en contacto con el "resto del mundo", ejemplificado en este caso por África y las colonias españolas en América. Para develar esta visión eurocéntrica de dimensiones planetarias, la autora analiza sus pisadas y mutaciones plasmadas en los relatos de viajeros(as), escritores (as) y científicos(as) europeos(as) de los siglos XVIII, XIX y algunos del XX.

¿Cómo desenmascara Pratt esta visión expansionista de la metrópoli? En primer lugar, mediante la utilización de conceptos que dan cuenta del dinamismo y transformación de la retórica del imperialismo. Así, términos como "zona de contacto", es decir, el espacio de los encuentros coloniales, donde "pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, relaciones que usualmente implican condiciones de coerción, radical desigualdad e insuperable conflicto" (26-27), resalta la dimensión interactiva y de improvisación de los sujetos que se relacionan en esas regiones. Relacionado con lo anterior, usa el término "transculturación", acuñado hacia 1940 por Fernando Ortiz (un intelectual de la "zona de contacto")¹ para describir "cómo los grupos subordinados o marginales seleccionan e inventan a partir de los materiales que les son transmitidos por una cultura dominante o metropolitana" (24-25). Al igual que Ortiz, la autora deja de lado conceptos como "deculturación", "aculturación" o "frontera" por tener connotaciones asimétricas y etnocéntricas (frontera es para el europeo el "resto del mundo", pero no necesariamente lo es así para los sujetos ubicados en aquellos lugares). Por otra parte, también utiliza el término "anticonquista" para referirse a los sujetos burgueses europeos que declaraban su inocencia frente a conquistas precedentes; además que no pretendían ejercerla directamente; pero al mismo tiempo enunciaban de diversas maneras en el discurso, la superioridad y hegemonía europea (27). Finalmente, plantea la noción de "autoetnografía" para

¹ Fernando Ortiz, *Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar* (1940; reimpresión, Caracas: Ayacucho, 1987), 92-97.

aludir a las representaciones que hacían (y hacen) los sujetos colonizados de sí mismos, pero de maneras y con herramientas retóricas propias del colonizador. Por ejemplo, el libro de Guamán Poma, *Nueva crónica y buen gobierno*, utiliza no sólo el idioma castellano (aunque también el quechua), sino también otros elementos del colonizador junto con elementos del colonizado. Este libro es además un buen ejemplo de "transculturación".

Una segunda forma que emplea la autora para descorrer el velo del imperialismo ideológico, es interrogándose por los modos de producción, los medios de difusión y las formas de legitimación de la literatura de viajes², que los exploradores utilizaban de acuerdo con el momento histórico en que estaban situados. En este orden de ideas, eJ Jibro *Ojos imperiales no es, en el sentido estricto del término, sólo un análisis de textos* (como lo practican algunas de las nuevas corrientes críticas norteamericanas o francesas, cuestionadas por su cercanía con el conservadurismo político y por utilizar un lenguaje exclusivo de cierta élite intelectual)³, sino que va más allá al considerar los relatos como productos culturales ubicados en coordenadas espaciales y temporales.

¿Cuáles fueron las características comunes y cuáles las particularidades de la retórica expansionista de viajes? En líneas generales, la literatura imperialista, a fines del XVIII, ya no promovía la conquista militar, ni la conversión religiosa, ni la apropiación territorial. Entonces los viajeros sustituyeron la religión y las armas por la razón y el intercambio comercial; por eso Pratt la llama literatura de "anticonquista". Tanto África como Hispanoamérica fueron vistas más como lugares *de expansión de la ciencia (claro que este conocimiento tenía otros intereses dentro del capitalismo) y del mercado, que como territorios para capturar*.

Esta visión estaba a tono con el surgimiento de las ideologías humanitarias y racionalistas que predominaron a fines del siglo XVIII. No obstante, como la

² Aquí parafraseo a Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano, eds., "Introducción. El Pasado Como Política de la Historia", en *Memorias hegemónicas, memorias disidentes* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad del Cauca, 2000), 11-22.

³ Ver Josep Fontana, *La Historia Después del Fin de la Historia* (Barcelona: Crítica, 1992), 90, y Edward W. Said, "Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad," en *La Posmodernidad*, 4a. ed., ed. Habermas *et al.* (Barcelona: Kairós, 1998), 199-235.

literatura de viajes fue una elaboración cultural, la retórica imperial contenida en ella no se presentó bajo un mismo rostro; exhibía variantes dentro de dos corrientes principales: por un lado, estaban las expediciones y sus correspondientes narrativas, influidas por el surgimiento de paradigmas científicos como el de Carl Linneo que buscaba una conciencia planetaria a partir de la clasificación de todos los seres vivos, sin tener en cuenta la interacción entre ser humano, animales y plantas, y por el otro, una corriente anclada en visiones mercantiles y de expansión comercial, en auge por el norte de Europa.

La primera tendencia, llamada de "Historia Natural", estaba representada por viajeros como Sparman, Paterson y Barrow, quienes produjeron entre 1772 y 1798, relatos sobre las características de la naturaleza en la colonia del Cabo en África del Sur. En estas narrativas predominaba una visión homogeneizadora y hegemónica del mundo natural, donde el hombre colonizado no aparecía por ninguna parte, sólo como instrumento disponible de los viajeros; es decir, se daba por sentada la visión subalterna del colonizado. El lenguaje de los textos es neutro e inocente, los relatores no buscaban transformar ese medio natural, ni instalar aparato de dominación alguno, sino apropiarse de él intelectualmente.

La otra tendencia, que Pratt llama "de reciprocidad", influida por la ideología imperial de expansión comercial, pretendía encontrar nuevas rutas comerciales tanto en Hispanoamérica como en África, pero dentro de los parámetros señalados de no intervención colonial directa. El explorador más destacado fue Mungo Park, quien viajó por el río Níger, situado en África centro occidental, entre 1795 y 1797. Al contrario de la retórica anterior, en esta ya no se describían paisajes, ni aparecía la naturaleza; los protagonistas eran personas con quienes el narrador intercambiaba bienes; su dramática supervivencia se negoció a través del trueque de productos europeos y de sus servicios (incluso eróticos) a cambio de alimentos, alojamiento y transporte. El autor era la imagen misma del empresario; pero de un empresario "inocente", porque no buscaba el lucro, sino la supervivencia en un mundo hostil. Tampoco buscaba la transformación directa de los otros, ni su sometimiento. Aquí se nota el disfraz (como dice Pratt, que ya había sido señalada por Marx) de las relaciones y de las mercancías que se presentaban como intercambio recíproco mientras que había un trasfondo de propiedad, lucro y ganancia. Dentro de esta

tendencia, hubo otras variantes escritas por militares como Stedman, quien estuvo en Surinam hacia 1773. En su libro *Narrative of a Five Years's Expedition Against the Revolted Negroes of Surinam*, expuso el drama erótico que vivió, en el cual la mujer (colonizada) es objeto de deseo del viajero (colonizador), en una especie de alegoría sobre el ansia imperial europea en América.

Otras líneas narrativas se desarrollaron a semejanza de la anterior, pero con planteamientos imperiales mucho más explícitos, como los de la llamada "vanguardia capitalista", surgida hacia 1820, en el contexto de la expansión europea en América, después de la independencia de varias colonias españolas. Los británicos buscaban invertir en nuevas aventuras económicas en América. En esta literatura predominaba una visión modernizante y codiciosa: la naturaleza era molesta y fea, la sociedad hispanoamericana aparecía como atrasada e incapaz de explotar los recursos (por eso se debía permitir la intervención de Europa). Al contrario de las anteriores literaturas, en éstas, la retórica de conquista volvió a aparecer orientada hacia fines económicos específicos, en particular mineros.

En una suerte de síntesis apareció antes de la "vanguardia capitalista", la prolífica literatura de Humboldt. A pesar de haber seguido los ya señalados lineamientos generales de la "anticonquista", este científico y viajero alemán reinventó en sus viajes por Suramérica la percepción que se tenía de ella. Retomó de la "Historia Natural" el interés por la naturaleza vacía de seres humanos; pero ya no la concebía de manera estática y esperando a ser clasificada, sino que la veía como una inmensa fuerza vital; al igual que Colón y otros viajeros del siglo XVI, quienes la percibían como un jardín del edén. Para transmitir ese mensaje, el autor utilizó herramientas estéticas mediante las cuales la naturaleza fue convertida en un sujeto de mucho poder. De todas formas, al igual que en las retóricas de Historia Natural, los habitantes de América eran invisibles o inexistentes; su posición subordinada e inferior era "natural". Las emergentes élites intelectuales criollas de la época (caso de Andrés Bello y Domingo Sarmiento), como lo muestra la autora, transculturaron esa reinención de América para ellos intentar legitimar su proyecto ideológico y fundador de nuevos órdenes sociales.

Una última variante la constituyen los relatos escritos por mujeres. Las exploradoras, en particular Flora Tristán, quien viajó al Perú entre 1833 y 1834, y María

Graham Callcott, quien estuvo en Chile en 1822, se diferenciaron de las descritas narrativas masculinas en que los relatos fueron organizados en torno a la vida urbana más que a la rural, y además se refirieron a la vida en las viviendas, sin que eso signifique que le hayan dado importancia a la vida doméstica o de familia, sino más bien a la independencia que las escritoras lograban en el mundo de su habitación, donde creaban su literatura. Por una parte, los contactos sociales de estas mujeres viajeras fueron muy diferentes de los contactos masculinos. Ellas se entregaron a trabajo de tipo político, por eso Pratt (retomando a Hooock-Demarle) las llama "exploradoras sociales", puesto que intentaron modificar el medio social a través de visitas a prisiones, orfanatos, hospitales, conventos, fábricas, barrios pobres, lugares que se convirtieron en los focos de su narrativa. De todas formas, ellas mediante su trabajo también participaban en una misión civilizadora; es decir, en "una forma de intervención imperial femenina en la zona de contacto" (282).

El texto muestra vacíos en el concepto de ideología y es menos analítico (aunque Pratt es consciente de ello) en algunos apartes, como la apenas mencionada influencia de intelectuales criollos americanos en la obra de Humboldt (240-241) o la hipótesis según la cual considera que las élites criollas hispanoamericanas eran "conservadoras" y no pretendían modificar la estructura social, mientras que, por el contrario, la Corte española ilustrada representaba mejor los intereses de los sectores subalternos a fines del XVIII (203). Sólo basta pensar que la abolición de la esclavitud fue más tardía en aquellas zonas de contacto que permanecieron ligadas a la Corona; mientras que las nacientes repúblicas, aunque con muchos conflictos, abolieron la esclavitud más rápidamente.

Por último, el libro de Pratt es, como ella dice, un esfuerzo por descolonizar el conocimiento, de ahí la invitación a reflexionar desde la "zona de contacto" sobre las relaciones ideológicas expansionistas que en la actualidad siguen afectando las narrativas sobre América Latina y África. Visiones que se articulan con propuestas económicas y sociales, en las cuales estos continentes siguen siendo observados con "ojos imperiales".

Bernardo Leal